

# Encajar perfectamente

## Isaac Asimov

Mientras deambulaba melancólicamente al azar por las calles de una nueva ciudad, Ian Bradstone se vio detenido por un enjambre de gente ante la puerta abierta de unos almacenes. Su primer impulso fue dar media vuelta y huir, pero no consiguió obligarse a sí mismo a hacerlo. La fascinación del horror lo arrastró, reluciente, hacia el enjambre.

Su curiosidad debió de transformar su rostro en un enorme signo de interrogación, puesto que alguien de la periferia le explicó amablemente de qué se trataba.

-Ajedrez Tres-D. Es un juego apasionante.

Bradstone sabía cómo funcionaba. Allí habría una media docena de personas conferenciando a cada movimiento, todos intentando derrotar a la computadora. Las posibilidades estaban siempre a favor de la computadora. Seis tableros puestos encima de otro tablero. Captó el insostenible brillo del gráfico y cerró los ojos contra él. Se apartó amargamente hacia un lado y observó una disposición provisional de ocho tableros colgados de ganchos, uno encima del otro.

Tableros ordinarios. Piezas de plástico.

-¡Eh! -dijo, con explosiva sorpresa.

El joven junto al multitabletero dijo, a la defensiva:

-No podemos acercarnos lo suficiente. Así que he preparado esto para que podamos seguir el juego. ¡Cuidado! No vaya a tirarlo todo.

-¿Es esta la posición en que se encuentran ahora?

-Sí. Los tipos llevan discutiendo más de diez minutos. Bradstone miró ansiosamente la posición. Dijo, absorto:

-Si mueven la torre de beta-B-6 a delta-B-6, conseguirán tener la ventaja de su lado.

El joven estudió los tableros.

-¿Está seguro?

-Naturalmente que estoy seguro. No importa lo que haga la computadora, deberá perder un movimiento para proteger su reina.

Más estudio. El joven gritó:

-¡Eh, los de ahí dentro! Aquí hay un tipo que dice que deberíais hacer saltar la torre dos niveles hacia arriba.

Hubo un suspiro colectivo del grupo en el interior. Una voz dijo:

-Yo estaba pensando eso precisamente. Otro dijo:

-Ya lo tengo. Eso deja a la reina con la potencialidad de la vulnerabilidad. No lo había visto. -El propietario de esta segunda voz se volvió-. ¡Eh, usted, el que hizo la sugerencia! ¿Quiere tener el honor? ¿Quiere pulsar el movimiento?

Bradstone retrocedió, el rostro contorsionado en un absoluto horror.

-No... , no... , yo no juego.

Se dio la vuelta y se apresuró a alejarse.

Tenía hambre. Periódicamente, tenía hambre.

Ocasionalmente, se encontraba con puestos de fruta del tipo que instalaban los pequeños comerciantes que encontraban algún espacio olvidado en los intersticios de una economía computarizada por completo. Si era cuidadoso, Bradstone podía marcharse con una manzana o una naranja.

Era algo aterrador. Siempre existía la posibilidad de ser descubierto, y se le exigiría que pagara. Tenía el dinero, por supuesto -habían sido muy amables con él-, pero ¿cómo podía pagar?

Y sin embargo cada día, al menos una docena de veces, tenía que someterse a una transferencia de crédito, utilizando su tarjeta de efectivo. Eso significaba incontables humillaciones.

Se dio cuenta de que estaba parado delante de un restaurante. Probablemente, era el olor de la comida lo que le había recordado que estaba hambriento.

Atisbó cautelosamente por la ventana. Había gente comiendo. Demasiada. Ya era bastante malo con una o dos personas. No podía convertirse en el centro de atención de hordas de escrutadores y compasivos ojos.

Se dio la vuelta, sintiendo gruñir su estómago, y vio que no era el único que estaba mirando por la ventana. Un muchacho estaba haciendo lo mismo. Tendría unos diez años, y no parecía particularmente hambriento.

Bradstone intentó adoptar un tono afable.

-Hola, muchacho. ¿Hay hambre?

El muchacho lo miró suspicazmente y se echó a un lado.

-¡No!

Bradstone no hizo ningún movimiento por acercársele. Si lo hacía, seguro que el muchacho echaría a correr. Dijo:

-Apuesto a que eres lo suficientemente mayor como para pedir por ti mismo. Puedes entrar ahí y pedir una hamburguesa o cualquier otra cosa, estoy seguro.

El orgullo dominó a la suspicacia.

-¡Seguro! -dijo el muchacho-. ¡En cualquier momento!

-Claro, comemos aquí muy a menudo.

-Entonces ya está. Come aquí una vez más. Sólo que esta vez tú manejarás la tarjeta. Tú harás la selección..., como un chico mayor. Adelante. Pasa tú primero. Notó una sensación tensa en la boca del estómago. Lo que estaba haciendo tenía un perfecto sentido para él, y no le causaría el menor daño al muchacho. Pero cualquiera que estuviera observando podía llegar a una horrible y completamente equivocada conclusión.

Bradstone podía explicarlo si se presentaba la ocasión, pero cuán humillante sería que todo el mundo viera que tenía que utilizar a un muchacho para que hiciera por él algo que él no podía hacer por sí mismo.

El muchacho dudó, pero finalmente entró en el restaurante, y Bradstone le siguió, manteniendo una prudente distancia. El muchacho se sentó en una mesa del fondo, y Bradstone ocupó un asiento al otro lado.

El hombre sonrió y le tendió su tarjeta. Esta hacía que las manos le picaran desagradablemente -como siempre, aquellos días-, y se sintió aliviado cuando el muchacho la cogió. Tenía un brillo duro y metálico que hacía que le hormigearan los músculos de alrededor de los ojos. No podía soportar mirarla directamente.

-Adelante, muchacho. Haz la selección -dijo en voz baja-. Lo que tú quieras. El chico no había mentido. Podía manejar perfectamente la pequeña terminal del ordenador, sus dedos parecían aletear sobre los controles.

-Un bistec para usted, señor. Una patata asada. Un zumo de fruta. Tarta de manzana. Café. ¿Desea una ensalada, señor? -Su voz había adoptado un tono confuso de «ya soy mayor»-. Mi mamá siempre pide ensalada, pero a mí no me gusta.

-Creo que la probaré. Una ensalada mixta. ¿Tienen? Aliñada con vinagre. ¿Tienen también? ¿Lo encuentras?

-No veo el vin..., lo que sea. Quizá sea esto.

Bradstone terminó encontrándose con un aliño francés para la ensalada, pero también estaba bueno.

El muchacho insertó la tarjeta con una soltura y una habilidad que despertaron una amarga envidia en Bradstone, aunque imaginarse a sí mismo realizando aquel mismo acto hizo que su estómago se contrajera.

El muchacho le tendió de vuelta la tarjeta.

Espero que tenga usted suficiente dinero -dijo, dándose importancia.

-¿Has visto la cifra total? -preguntó Bradstone.

-Oh, no. Se supone que no debes mirarla; eso es lo que dice papá. Quiero decir que si tu tarjeta no es rechazada, entonces es que tienes suficiente dinero para la comida.

Bradstone reprimió un sentimiento de decepción. Él no podía leer las cifras, y no se atrevía a preguntar a los demás. Finalmente iba a tener que acudir a un banco e inventar alguna forma de conseguir que se lo dijeran.

Intentó entablar una conversación.

-¿Cómo te llamas, hijo?

-Reginald.

-¿Qué estás estudiando en casa, Reggie?

-Principalmente aritmética, porque papá dice que tengo que hacerlo, y dinosaurios, porque me gusta. Papá dice que si me porto bien con la aritmética podré dedicarme a los dinosaurios también. Puedo programar mi computadora a fin de obtener los gráficos de los movimientos del dinosaurio. ¿Sabe usted cómo camina un brontosaurio por tierra firme? Tiene que equilibrar el cuello de tal modo que el centro de gravedad quede entre sus caderas. Mantiene la cabeza erguida muy alta, como una jirafa, excepto cuando está en el agua. Entonces... Ah, ahí está mi hamburguesa. Y lo suyo también.

Todo lo pedido avanzó por la cinta rodante y se detuvo exactamente en el lugar apropiado.

La idea de una comida completa sin humillación ahogó la añoranza de Bradstone por poder manipular una computadora en libre búsqueda de información.

Reginald dijo, educadamente:

-Iré a comerme mi hamburguesa a la barra, señor.

-Espero que te guste, Reggie -dijo Bradstone, agitando una mano. Ya no le necesitaba, y se sentía aliviado de que se fuera. Alguien de la cocina, indudablemente el técnico de Mantenimiento de Computadoras, había salido, e inició una amistosa conversación con Reginald, lo cual también era un alivio.

No había duda alguna acerca de su profesión. Uno siempre podía descubrir a un Mant-Comp por su indolente aire de importancia, y porque daba la sensación de ser consciente de que el mundo descansaba sobre sus hombros.

Pero Bradstone estaba concentrado en su comida, la primera auténtica comida de que disfrutaba en un mes.

No fue hasta después de haber terminado -haber terminado completamente, tras tomarse todo el tiempo necesario- cuando estudió de nuevo su entorno. El muchacho hacía rato que se había ido. Bradstone pensó tristemente que él, al menos, no había demostrado piedad, condescendencia, protección. No era lo bastante mayor para encontrar extraño todo el asunto; se había concentrado únicamente en la idea de que ya era lo bastante mayor para ser capaz de manejar la terminal de la computadora.

¡Lo bastante mayor!

El lugar no estaba muy lleno ahora. El Mant-Comp se hallaba todavía detrás de la barra, presumiblemente estudiando el cableado de la computarización. Era la ocupación más importante de los tecnólogos virtualmente en todo el mundo, pensó Bradstone con una punzada de dolor; siempre programando, reprogramando, ajustando, comprobando las diminutas corrientes eléctricas que controlaban el trabajo del mundo para todos... Para casi todos.

La confortable sensación de calor interno producida por un excelente bistec agitó la sensación de rebeldía dentro de Bradstone. ¿Por qué no actuar? ¿Por qué no hacer algo respecto a todo aquello?

Captó la mirada del Mant-Comp y dijo, aparentando una indiferencia que sonó falsa incluso en sus propios oídos:

-Oiga, amigo, supongo que habrá abogados en esta ciudad.

-Supone bien.

-¿Puede sugerirme alguno que sea bueno y que no esté excesivamente lejos?  
-Encontrará usted una guía profesional de la ciudad en la oficina postal -dijo el Mant-Comp educadamente-. Sólo necesita teclear «abogados».

-Me refiero a uno bueno. Un tipo listo. Causas perdidas. Cosas así. Se echó a reír, confiando en arrancarle al menos una sonrisa al otro.

No lo consiguió.

-Todos están descritos allí -dijo el Mant-Comp-. Liste sus necesidades, y obtendrá usted evaluaciones, edades, domicilios, honorarios, antecedentes. Encontrará cualquier cosa que desee, si pulsa las teclas adecuadas. Y funciona. Lo revisé la semana pasada.

-Mire, no es eso lo que deseo, amigo. -La sugerencia de que pulsara las teclas adecuadas había despertado el habitual estremecimiento en su espina dorsal-. Desearía su recomendación personal, ¿entiende?

El Mant-Comp agitó la cabeza.

-Yo no soy una guía profesional.

-Maldita sea -dijo Bradstone-. ¿Qué es lo que pasa? Dígame un abogado. Cualquier abogado. ¿Acaso hay alguna ley que prohíba saber algo sin necesidad de tener que recurrir a una computadora?

-Utilizar la guía profesional cuesta diez centavos. Si tiene usted más de diez centavos registrados en su tarjeta, ¿cuál es su problema? ¿No sabe utilizar su tarjeta? ¿O acaso es usted...? -sus ojos se abrieron enormemente ante la brusca comprensión-. Oh..., demonios... ¡Por eso hizo que Reggie pidiera la comida por usted! Escuche, yo no sabía...

Bradstone retrocedió. Se dio la vuelta para echar a correr fuera de aquel lugar, y casi chocó contra un hombre grueso, de tez rubicunda y cráneo casi calvo.

El hombre grueso dijo suavemente:

-Un momento, por favor. ¿No es usted la persona que le compró una hamburguesa a mi hijo hace un rato?

Bradstone vaciló, luego asintió, notando la boca seca.

-Me gustaría pagársela. Todo está bien, no se preocupe. Sé quién es. Yo manejaré su tarjeta por usted.

El Mant-Comp intervino rápidamente:

-Si desea un abogado, amigo, el señor Gold es abogado.

El repentino interés que afloró a los ojos de Bradstone se hizo evidente al momento.

-Soy abogado, si es que anda buscando uno -dijo Gold-. Así es como supe de usted. Seguí su caso con dolorosa atención, se lo aseguro y cuando Reggie llegó a casa con tal historia de que ya había comido y había manejado él la computadora, supuse quién podía ser usted por su descripción. Y al entrar le reconocí, por supuesto.

-¿Podemos hablar en privado? -dijo Bradstone. -Mi casa está a cinco minutos de aquí, a pie.

No era una sala lujosa, pero sí comfortable. Bradstone dijo:

-¿Desea usted una provisión de fondos? Puedo pagársela.

-Sé que dispone usted de amplios fondos -dijo Gold-. Pero dígame primero cuál es el problema.

Bradstone se inclinó hacia delante en su sillón, y dijo con intensidad:

-Si siguió usted mi caso, debe de saber que fui sometido a un cruel y desusado castigo. Soy la primera persona que ha recibido ese tipo de sentencia. La combinación de hipnosis y neurocondicionamiento directo no ha sido perfeccionada hasta muy recientemente. La naturaleza del castigo al cual he sido sentenciado no puede ser comprendida. Debe ser revocado.

-Fue sometido usted a un proceso muy detallado -dijo Gold-, y no hubo ninguna duda razonable acerca de su culpabilidad.

-¡Incluso así! Mire, vivimos en un mundo computarizado. No puedo hacer nada en ninguna parte. No puedo recibir información... no puedo alimentarme..., no puedo buscar diversiones..., no puedo pagar nada, o comprobar nada, o simplemente hacer nada, sin utilizar una computadora. Y como sin duda sabrá, he sido ajustado de tal modo que soy incapaz de mirar a una computadora sin que me duelan horriblemente los ojos, o tocar una sin que se me ampollen los dedos. Ni siquiera puedo manejar mi tarjeta de efectivo, o incluso pensar en utilizarla, sin que me abrumen las náuseas.

-Sí, sé todo eso. También sé que se le han proporcionado amplios fondos durante toda la duración de su castigo, y que se le ha pedido a la gente que sea compasiva con usted y le ayude. Creo que lo hacen.

-Yo no quiero eso. No quiero su ayuda ni su piedad. No deseo ser un niño indefenso en un mundo de adultos. No deseo ser un analfabeto en un mundo de gente que puede leer. Ayúdeme a terminar con el castigo. Ha sido casi un mes infernal. No podré soportarlo otros once meses más.

Gold permaneció sentado, pensando, durante un rato.

-Bien, aceptaré una provisión de fondos a fin de poder convertirme en su representante legal, y veré lo que puedo hacer por usted. Pero debo advertirle que no creo que las posibilidades de éxito sean muchas.

-¿Por qué? Todo lo que hice fue desviar cinco mil dólares...

-Usted planeaba desviar mucho más, quedó demostrado, pero fue descubierto antes de que pudiera hacerlo. Se trataba de un ingenioso fraude computarizado, completamente acorde con su reconocida habilidad en el ajedrez, pero no por eso dejaba de ser un delito. Y como usted dice, todo está computarizado, y en nuestros días no puede darse ningún paso, ni siquiera pequeño, sin una computadora. En consecuencia, defraudar por medio de una computadora supone descomponer lo que hoy por hoy constituye la estructura esencial de la civilización. Es un terrible crimen, y debe ser desanimado.

-No predique, por favor.

-No estoy predicando. Estoy explicándome. Usted intentó descomponer un sistema, y como castigo el sistema se ha descompuesto sólo para usted, sin que por eso tenga que ser maltratado de ninguna otra forma. Si considera que su vida así es insoportable, eso simplemente le muestra lo insoportable que pudo llegar a ser para todos los demás lo que usted intentaba descomponer.

-Pero un año es demasiado.

-Bien, quizá una pena menor sirva de todos modos como ejemplo suficiente para desanimar a otros ante la tentación de seguir su ejemplo. Lo intentaré..., pero me temo que puedo adivinar lo que la ley va a decir.

-¿Y qué va a decir?

-Pues que si los castigos deben aplicarse de modo que encajen con el crimen cometido, el suyo encaja perfectamente.